

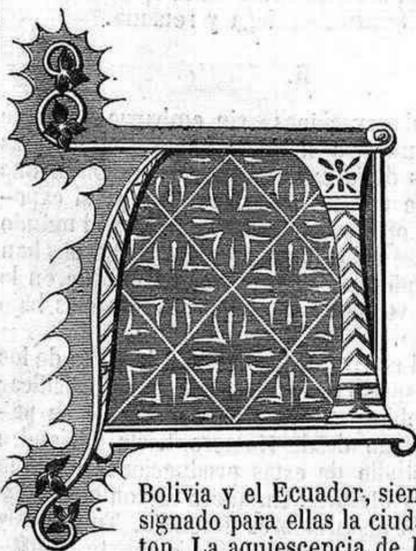


NUM. 14. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 7 DE ABRIL DE 1867.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO XI.

REVISTA DE LA SEMANA.



ntes que este número llegue á manos de nuestros suscritores, es probable que hayan dado principio las conferencias internacionales de la paz entre España y las repúblicas de Chile, Bolivia y el Ecuador, siendo el punto designado para ellas la ciudad de Washington. La aquiescencia de las partes interesadas, es ya un hecho oficial de que da cuenta Mr. Seward, en la circular dirigida á los agentes diplomáticos de los Estados-Unidos en el extranjero segun vemos en los periódicos de esta corte. El Perú todavía parece que anda reacio, pero luego que comience á experimentar los efectos de su aislamiento, se vendrá á la razon, en lo cual él y todos ganaremos. Las conferencias irán precedidas de un armisticio.

Los húngaros tratan de echar la casa por la ventana en las fiestas que disponen para la coronacion del emperador de Austria, como rey de su pais. Las diputaciones de las provincias concurrirán á la ceremonia, vestidas con sus pintorescos trajes respectivos, y las sociedades corales entonarán cánticos delante del palacio de Pesth, á la luz de los fuegos artificiales, colocados en diferentes puntos del Danubio. Mas vale que gasten la pólvora en estas funciones, que en otras parecidas á las que ensangrentaron los campos de batalla en la última guerra de Austria contra Prusia é Italia.

Segun estaba anunciado, el día 1.º del mes actual se inauguró oficialmente la Esposicion universal de París, con asistencia del emperador, la emperatriz, altos funcionarios, y representantes de diversos paises, todos vestidos de rigurosa etiqueta, y á quienes el jefe de la nacion vecina dirigió afectuosamente la palabra, despues de visitar la plataforma de la galería de máquinas. La colocacion de estas y de los objetos industriales, adelanta cuanto es posible. La circunstancia de constar de un sólo piso el palacio, no dejará de favorecer las operaciones, asi como el servicio de gruas, que es mas á propósito que todo lo empleado hasta el día. España contará unos 2,500 espositores, perteneciendo la mayoría de los lotes, segun noticias, á la industria extractiva, y pocos á la fabril y manufacturera. No descendemos á mas pormenores sobre este asunto, porque, como hemos anunciado, EL MUSEO ha de dar cuenta circunstanciada y exacta de todo lo mas notable, limitándonos á anticipar que España estará representada de una manera honrosa en vinos, arroces y harinas. Respecto de minería, de la que tambien poseemos una riqueza inmensa, hemos leído que don Amalio Maestre presenta su abundante y preciosa coleccion de instrumentos y herramientas de la era de piedra, de bronce y de hierro, además del famoso Hércules de Mazarron. Asegúrase que esta coleccion de la historia del trabajo no tendrá rival en el palacio del Campo de Marte.

La música está de enhorabuena, si el piano inventado por el italiano señor Caldera reúne las cualidades que se le atribuyen, y entre otras, la de prolongar los sonidos como un órgano ú *armonium*; merced á esta circunstancia, el piano, relegado hasta aquí á la esfera de los instrumentos filarmónicos mas pobres, ocupará un lugar distinguido entre los de un orden superior, produciendo efectos que hasta ahora se habian resistido á todos los esfuerzos imaginables. Este instrumento lleva el nombre de *melopiano*.

Los jugadores de ajedrez celebrarán en París, durante la Esposicion, un congreso internacional, y aunque no se anuncia, debe esperarse que los que tiran de la oreja á Jorge no han de ser menos, segun el furor esposicionista, digámoslo así, de que se halla poseído todo bicho viviente. La literatura dramática actual espone su raquítica existencia en brazos del romanticismo desmelenado, pues los teatros de París parece que van á sacarlo del olvido: las baila-

rinas espondrán sus piernas, los toreros, si hay toros, su valor y su pellejo, *et sic de ceteris*.

Citense entre soberanos y personas de diferentes familias reales que visitarán la Esposicion, el emperador de Rusia, el rey de Prusia, los reyes de Portugal, los de Bélgica, y los principes de Orange y de Gales.

El gran desierto de Sahara, tal cual se ha conocido por espacio de siglos, va á quedar en la historia sólo como un recuerdo. El encontrar en él un oasis, un sitio en que reposar á la sombra caliente de alguna palmera azotada por el viento abrasador de sus inmensos é inhospitalarios arenales, era como ganar el premio grande de la lotería: ¿quién presumiria que en pocos años, gracias al genio emprendedor, á la inteligencia y á la actividad de un hombre, que atrajo á sí la voluntad, el talento y el capital de algunos socios, habia de convertirse en jardin, multiplicándose, merced á los pozos artesianos, aquellas suspiradas islas de verdura en medio de un mar de arena, cuyo fin parecia no llegar nunca?

No sabemos si á causa de las conferencias sanitarias celebradas en Constantinopla entre los médicos turcos y los comisionados por varios gobiernos de Europa, ó por efecto de otras circunstancias, dicese, que en el año que corre, la afluencia de peregrinos á la Meca por mar y tierra, será escasa. Mas vale así; con esto y el reconocimiento escrupuloso y severo de los que vuelvan, se alejarán los peligros de una nueva invasion de la temible epidemia asiática.

Un periódico de Nueva-York, refiriendo el entusiasmo de que es objeto la señora Bishop, artista predilecta del público de Hong-Kong (China), dice que al cantar el *Baccio*, de Ardití, los espectadores se besaban unos á otros como si hubiesen perdido el juicio. El emperador, que habia hecho repetir la cancion no mas que diez veces, besó á la artista, contentándose en los límites de una moderacion inconcebible, comparada con el frenesí de los demás concurrentes, cualquiera de los cuales, por lo visto, se la hubiera materialmente comido á besos.

Anuncia el telégrafo que ha habido un gran temblor de tierra en Nápoles: se ignoran aun los detalles.

Tenemos entendido que las obras del ferro-carril cuya conclusion tanto ansian las provincias gallegas, recibirán nuevo impulso, suceso que llenará de júbilo á las poblaciones de aquel antiguo reino, que esperan

ha de dar grande aumento á la riqueza, y empleo á multitud de brazos desocupados por la paralización de los trabajos.

También la provincia de Alicante, que podría ser una de las más feraces de la península, y se halla reducida en mucha parte á la esterilidad por falta de lluvias, funda grandes esperanzas en la canalización del río Algar, que, á juicio de los inteligentes, puede realizarse, aunque á costa de considerables desembolsos, estendiéndose sus beneficios á comarcas hoy áridas, y que en breve se convertirían en campos deliciosos y sumamente productivos.

Trátase por la sociedad económica de Zaragoza de que los restos del célebre pintor aragonés don Francisco Goya y Lucientes, sean trasladados, según se ha verificado con los de Moratín, Ciscar y Melendez, del cementerio de la Chartreuse de Burdeos, donde yacen, á esta corte. La realización de este pensamiento patriótico, que honra á aquella sociedad, pende sólo, á lo que parece, del apoyo de la Academia de San Fernando, á la cual ha acudido.

En otro número hemos hablado del certamen poético que ha de verificarse en Valencia durante las fiestas del Centenario de la Virgen; nombrado ya el tribunal que ha de entender en el examen de las obras y adjudicación de premios, vemos que se compone de los señores marqués de Cáceres, presidente; señor canónigo Ortiz, don José Vicente Fillol, don José María Llopis y don Francisco Monfort, secretario. Con motivo de dichas fiestas, la ciudad del Cid va presentando el aspecto de una población acabada de construir, pues no cesan las restauraciones, el adorno, el blanqueo, la pintura de toda clase de edificios, así civiles como religiosos. La Exposición regional de productos artísticos, agrícolas é industriales que al mismo tiempo se celebrará, estará dividida en cinco grandes grupos, con las correspondientes subdivisiones: 1.º productos agrícolas y sus similares; 2.º industrias extractivas y lo que con ellas tenga relación; 3.º industria fabril; 4.º objetos de educación y enseñanza; 5.º obras de arte.

La comisión nombrada por la Academia de San Fernando para que informe sobre la compra de cuadros de la última Exposición de bellas artes por el Estado, se compone de los señores Rivera y Ponte, Medina y Nogués, Alvarez (don Anibal), Enriquez, bajo la presidencia del director de la mencionada Academia.

Hemos leído con el vivísimo interés que nos inspira cuanto sale de la pluma del señor Zorrilla, *El Album de un loco* (1), libro de gran volumen y elegantemente impreso, donde el autor de los *Cantos del trovador* ha reunido parte de las poesías que ha compuesto durante su larga ausencia de España. En él encontramos la asombrosa riqueza y lozanía de lenguaje, la frescura de imaginación, la belleza y lujo oriental de imágenes que siempre, juntamente con el dominio superior del material métrico, que el poeta maneja á su antojo, sometiéndolo á los caprichos de su libre musa. De todas las composiciones que contiene el libro, la que dirige *A Dios*, las serenatas en general, y en particular las dedicadas á la emperatriz de los franceses y á la señorita Bolivia de Francisco Martín, y *Las golondrinas*, son las mejores á juicio nuestro, y las que reflejan con más verdad el peregrino ingenio del señor Zorrilla. Pero el que desee conocer la nueva dirección que da á sus cantos, debe detenerse en la lectura del titulado *La inteligencia*, revista, en parte humorística y estilo bastante llano, que pasa á la humanidad, residenciándola para juzgar su obra en los grandes períodos históricos y en las diferentes civilizaciones que, arrancando del Génesis, se han ido sucediendo en el mundo. La humanidad no sale muy bien parada de este juicio; pero, aunque no estamos conformes con el señor Zorrilla en algunas de sus apreciaciones, tampoco hemos de negar que en otras muchas tiene razón que le sobra. En suma, en *El Album de un loco* vemos al bardo de la leyenda antigua, y al vate moderno que, recorriendo varios países civilizados, oye los latidos del siglo en que vive y viene á tomar parte en el concierto de los poetas que lo cantan.

El señor don Ernesto García Ladevese, acaba de publicar en un pequeño volumen, sus *Baladas y Cantares*, con un juicioso prólogo de D. J. J. Jiménez Delgado. Por este prólogo sabemos, y sin él lo hubiéramos sospechado, que el autor se halla en la edad de la adolescencia, aunque en muchas de las composiciones de que consta el libro, ya asoma la melancolía y la amargura que suelen ser inseparables compañeras de los años y de la experiencia. En efecto, distínguese principalmente Ladevese por el candor y la sencillez, á veces infantiles, de que ha vestido sus primeras producciones, ecos todas ellas de un alma apasionada de lo bello y de lo bueno. La versificación es variada, fácil y generalmente correcta, sobre todo en las *Baladas*, que tienen un sello más espontáneo que los *Cantares*. ¿Qué más puede pedirse á un poeta de 17 años, á un niño? Enviámosle nuestra enhorabuena por estas primicias de su ingenio que, ayudado del estudio

y de la meditación, promete dar frutos que dignamente corresponden á ellas.

Por la revista y la parte no firmada de este número,
VENTURA RUIZ AGUILERA.

ESTUDIO COMPARATIVO

DE LOS PRINCIPALES HISTORIADORES GRIEGOS Y ROMANOS.

(CONTINUACION.)

Y sin embargo, parece que el corazón de hombre corta los vuelos á veces á la penetración de su talento, y la osadía del talento ofusca la intuición del genio. El aborrecimiento á los males que había tenido que sufrir durante el reinado de Domiciano, encerrando en su pecho todo movimiento de impaciencia, y ocultando, aun en la vida privada, su altivo pensamiento para no sufrir la suerte de tantos otros que sucumbieron sin provecho propio ni de sus conciudadanos, por no tener la misma reserva y tolerancia, había agriado su sensibilidad, y al ocuparse de describir aquellos tiempos de que al fin le era permitido hablar, no encontraba cosa más digna de ocupar su pluma, que los crímenes y abominaciones de los tiranos y de sus ministros, y aun esos mismos crímenes y los sufrimientos de los que fueron víctimas de ellos aparecían á su imaginación con los colores más téticos, con los caracteres más agravantes para los culpables, bien así como los ancianos que en su juventud vieron en amarga desolación á su querida patria, y cuando descansan ya de los cuidados públicos en otra generación más robusta, no sienten los males presentes y juzgan no haber desgracias semejantes á las que se grabaron en su imaginación juvenil, y que cuanto más se alejan, más se aumentan á sus ojos. Por eso los *Anales* y las *Historias* de Tácito, á pesar de la buena fe del historiador y de que verdaderamente describen una de las épocas más calamitosas de la humanidad, no están exentas de que la atenta lectura descubra, aun sin tener en cuenta otros documentos contemporáneos, ciertas contradicciones que revelan el desvío de la verdad pura y sencilla; pero donde se manifiesta más la turbación del entendimiento y lo fácilmente que se apasionaba su ánimo, es en la injusta preocupación con que trata á los cristianos al referir la persecución de Nerón; el hombre que tanto lamenta la depravación de los tiempos, la avaricia de los aduladores de la tiranía, la crueldad de los emperadores, el soborno y la disolución que después de éstos se habían hecho los dueños de la sociedad, el hombre que mejor conocía, acaso el único que penetraba á fondo la necesidad de una regeneración del espíritu del mundo romano y que presentaba acaso la misión á que estaban destinados los pueblos septentrionales, no veía en la mansedumbre de los cristianos, en su caridad escitada por el celo de los apóstoles, en su modestia y en su admirable pureza de costumbres más que una secta aborrecida por su torpeza (*flagitia invisos*), una superstición funesta (*excitabilis superstitio*), una de las enseñanzas atroces y vergonzosas que de todas partes confluían á Roma (*quò cuncta undique atrocía aut pudentia confluunt, celebranturque*) y que sólo pudo ser convencida de odio á la humanidad; los inauditos tormentos á que se sujetó á la multitud de discípulos de Cristo que habían sido descubiertos, sólo le inspiraban compasión por haberseles impuesto, más por crueldad de un hombre que por utilidad pública, pues de otro modo los creería merecedores de escarmentamientos nunca vistos (*novissima exempla meritos*): ¿no podría decir más un pagano endurecido en el vicio, contra una religión que trataba de arrancarle el ídolo de sus pasiones!

Vese, pues, por estos rasgos que, á pesar de las sublimes dotes de que gozaba Tácito, quedó inferior á Tucídides en imparcialidad y atento y desapasionado estudio de los hechos; mas no es ésta la única ventaja que le lleva el historiador de la guerra del Peloponeso: Tácito abusó algún tanto de la facilidad que tenía de levantar el estilo y producir en el lector impresiones energías y patéticas; si en Salustio notamos ya cierta preocupación en favor del gusto del espectador y en perjuicio del mérito absoluto de la obra, en Tácito es aun más visible este defecto, que produce no pocas veces la oscuridad á fuerza de ser conciso y sentencioso, el énfasis á fuerza de mostrarse grave y profundo, la declamación en cambio de la elocuencia varonil y persuasiva de los grandes oradores; la diferencia está en que Salustio debió á la época de Cicerón y de César el haberse contenido en los límites del buen gusto, sin dejar más que entrever los vicios á que su vanidad literaria podía haberle conducido, mientras que Tácito, escribiendo después de Lucano y los Sénecas, y en la época de Estacio y Plinio el joven, fue superior á todos ellos, no sólo en la elevación de su talento, sino también en buen gusto literario, bien que sin alcanzar la sencillez y el perfecto equilibrio de las facultades estéticas que hubiera sido un prodigio en su época y en su situación perso-

nal. No hizo poco Tácito con dejarnos en sus libros propiamente históricos, uno de los modelos más dignos de estudio para el sabio, el literato y el político, en su *Vida de Agricola* una de las biografías más filosóficas que se han escrito y un excelente estudio sobre los Bretones, y en sus *Costumbres de los Germanos* el análisis más completo de la vida de un pueblo y una de las fuentes más interesantes de la historia europea.

Si después de haber estudiado el desenvolvimiento del género histórico en Grecia y Roma, examinando ligeramente el carácter de que se revistió en cada uno de sus principales autores, echamos una mirada retrospectiva, veremos qué distancia tan inmensa nos separa ya de las sencillas narraciones de Heródoto: este creador de la historia clásica se veía impelido por su natural inclinación á investigar todos los hechos interesantes de la humanidad en cuantos países le era asequible averiguarlos, y lleno de tantos recuerdos, revestidos graciosamente por su imaginación infantil, se complacía por un movimiento no menos natural de su simpático corazón en referirlos á sus contemporáneos, sin otro atractivo que el de los mismos sucesos y el de la aureola de apacible encanto con que él mismo los veía, ó bien con la misteriosa impresión que le causaban las desgracias que consideraba como terribles manifestaciones de la ira de los dioses: su historia nace exclusivamente de la abundancia de sus sentimientos expansivos. En Tucídides, por el contrario, prepondera el fin científico; por él registra cuidadosamente los documentos contemporáneos, inquiere con afán los acaecimientos de cada día y profundiza los sentimientos más íntimos de los personajes que influyen en la suerte de los pueblos; su alma, capaz de los afectos más varios y enérgicos, sólo se mueve para presentar la verdad y la justicia con todo el aparato con que merecen grabarse en la conciencia. Después de este paso tan gigantesco dado por Tucídides de la historia poética á la científica, no era posible obtener en la antigüedad otro adelanto notable; estaba reservado á los pueblos modernos el observar á grandes masas los resultados de la civilización, que sólo se perciben al través de los siglos y en la comparación de las influencias sucesivas de las naciones, para descubrir el plan providencial é instintivo con que viene educándose la gran familia humana, y sacar de la experiencia de lo pasado lecciones mucho más fecundas para el gobierno de los Estados. Por eso, ni en la misma Grecia, ni en Roma, que representa un escalón más en la organización de la sociedad antigua y que por lo mismo fue muy superior á Grecia en lo relativo á la política y á todo lo que con ella tiene relación, no vemos, sin embargo, en adelante más que la imitación del historiador ateniense, ó la combinación más ó menos intencional de los elementos empleados por él y por Heródoto, sin que obste para ello la originalidad de los ingenios que hemos estudiado; imitación de Tucídides en Salustio y Tácito; combinación del sistema científico con el poético en Tito Livio; sencillez y mayor tendencia científica que artística en Jenofonte y César: hé ahí todas las fases del arte histórico en la época más floreciente de las literaturas griega y romana.

II.

Todas estas observaciones, sin embargo, aunque basadas, según nuestro humilde juicio, en los más rectos principios de la crítica literaria, recibirán una autoridad que de nuestra pluma no tienen, si exponemos ahora las opiniones que ha habido en el mundo literario acerca de todos los historiadores que nos han ocupado. Siguiendo, pues, el mismo orden que en la parte anterior, volvemos á ocuparnos de ellos bajo un nuevo aspecto.

Transportado el cultivo de las letras á la corte de los Tolomeos, se despertó la afición á recoger y clasificar las obras que había producido para gloria de su patria el genio griego desde Homero hasta Alejandro Magno, y del estudio de estas producciones nació la teoría y la crítica literaria. Entonces fueron colocados á la cabeza de los historiadores Heródoto, Tucídides y Jenofonte, y perfeccionándose sucesivamente la crítica, llegó la época de Dionisio de Halicarnaso, Cicerón y los demás retóricos ó gramáticos que continuaron estos estudios durante aquellos dos siglos, en que se formularon los conocimientos que acerca del arte de la palabra y del buen gusto literario han poseído los hombres durante mucho tiempo. Heródoto era ya universalmente estimado como uno de los más admirables narradores de la Grecia. Dionisio de Halicarnaso encontraba en él cierto descuido ingenuo y una belleza risueña, alaba la pureza de su dialecto jónico, su claridad, su dulzura, la perfección de sus descripciones de costumbres y la brillantez de su estilo (1). No es menos preciso y detallado el juicio de Cicerón, que ya le distingue de los sofistas, por su naturalidad tan distante de los artificios ó ineptias de aquellos, comparándole con un río tranquilo, sin tropiezo alguno; ya reconoce en él, sin embargo, que elevó la historia dándole abundancia y ornato (2), ya se admira

(1) Πρὸς Γραίων Πομπηίων ἐπιστολή,

(2) Orator, 12.

(1) Véndese á 50 reales en las principales librerías de Madrid y provincias.

de su elocuencia (3), aunque nada forense, ya en fin, nota que ni él ni sus contemporáneos habían aprendido aun á dar número á la frase (4), como lo hicieron despues los oradores, aspirando no sólo á decir todo lo que sentian, sino á deleitar al mismo tiempo el oido. A este juicio tan completo y tan exacto es comparable en la antigüedad el de Quintiliano (5), que colocando á Heródoto al lado de Tucídides, le califica de dulce, cándido y abundante, á propósito para expresar las situaciones pacíficas, mas notable en las narraciones que en las arengas, mas agradable que enérgico. Estos elogios tributados á Heródoto por hombres de tan exquisito gusto literario, son la expresion genuina del agrado con que eran leidas *Las nueve Musas* por todos los que se ocupaban de la bella literatura; así Aulo Gelio le llama el mas noble de los historiadores; Luciano (6) dice que nadie es mas digno de imitacion, ya por su amenidad, ya por su elocuencia, y refiere que cuando leyó Heródoto su obra en Atenas, fue señalado de todos con el dedo, y que aplaudiéndole y acogiéndole universalmente, exclamaban: «este es Heródoto» (ὁὗτος ἐστὶν Ἡρόδοτος) (7); Ateneo le llama el muy admirable y melífluo Heródoto, y Focio acepta los elogios de Dionisio de Halicarnaso.

Mas entre este concurso de alabanzas se venia haciendo paso una prevencion contra la fidelidad histórica de Heródoto, que no ha dado poco que hacer á los críticos modernos. Herido Plutarco en su amor patrio al ver que la inmensa gloria adquirida por todos los Estados griegos en las guerras Médicas, contadas por aquel historiador, solo se oscurecian sobre Tebas, su ciudad natal, que se habia entregado á los Persas desconfiando del triunfo, pensó que podia echar sobre Heródoto la negra nota de calumniador y reivindicar para su patria un nombre sin mancha; á este fin, escribió un opúsculo con el título *Περὶ τῆς Ἡροδοτου κακοθειας*, en que pretende probar por los indicios del estilo, comparando el tono con que el historiador habla de Tebas y de otros pueblos y los elogios y censuras que respectivamente les dirige, y no por documentos contemporáneos, la falsedad de los hechos referidos acerca de aquella ciudad y la mala fé con que fueron, segun él, inventados: esta crítica, aunque tan espuesta al sofisma como se ve por el género de pruebas empleado, tuvo, sin embargo, bastante eco por la reputacion del autor de ella, y unida á ciertos pasajes de otros escritores, que podian interpretarse en el mismo sentido, fue bastante para que se generalizase la opinion de que Heródoto era un agradable narrador de fábulas: Tucídides habia dicho que él se proponia escribir un monumento imperecedero, (*κατὰ ἐς αἰεὶ*) no una obra de distraccion para el momento (*ἀγωνισμα ἐς τὸ παραχρημα*) lo que se creyó ser una crítica indirecta de su antecesor Heródoto; Ciceron habia dicho (8) que en Heródoto se encontraban innumerables fábulas; Juvenal (9) llama á la Grecia *mendax in historia* y refiere como increíbles ciertos hechos de la historia de Heródoto; y Dion Crisóstomo pretende que este historiador borró de su obra los elogios que hacia de los Corintios, por no haber obtenido de ellos la recompensa que esperaba al leerles su historia; pero Ciceron podia muy bien referirse á los sucesos maravillosos que Heródoto refiere como creencias de ciertos pueblos, y no en su propio nombre; Juvenal no hace en el pasaje citado mas que emplear un epíteto, que ó no se refiere á los historiadores, ó es evidentemente injusto en su generalidad, y en cuanto á los hechos á que alude, no hay razon para desecharlos sólo porque salgan de la manera comun de verificarse las cosas ó de obrar los hombres; por último, el dicho de Dion Crisóstomo no encuentra apoyo ninguno para nuestro asentimiento mas que en el testimonio único del autor.

(Se continuará.)

E. M. FERNANDEZ Y CANTERO.

LA LITERATURA DE LOS PUEBLOS SLAVOS.

(CONCLUSION.)

De las otras tres literaturas slavas, la de los bohemos es la que ofrece mayor semejanza con la de los rusos. Los bohemos han tenido por renovador intelectual de su nacionalidad á un sabio dotado de una profundidad de erudicion admirable, al famoso José Dobrovski. Este patriarca del slavismo, considerado como ciencia y teo-

ría universal, ha resucitado á principios de nuestro siglo la literatura bohema que yacia sepultada y que se creia muerta. La ha resucitado con todas sus tendencias y sus caracteres de otro tiempo, con la pasion de las investigaciones y de los descubrimientos científicos, con el amor de la abstraccion y la tendencia al radicalismo religioso y social. Sin embargo, la Bohemia por sus condiciones políticas ha tenido que ahogar en sí ciertas aspiraciones y limitar su actividad intelectual al estudio de la ciencia histórica, de la filología y de la arqueología. Sus hombres mas eminentes se han dedicado á este estudio con un ardor indecible; Hanka, Schafarik, Jungmann y Palacki han elevado la erudicion slava á una altura á que no ha podido llegar ningun escritor ni ruso, ni polaco. Sin embargo, la literatura bohema tiene, como la rusa, una gran tendencia á simbolizar, á ocultar la idea, bien política ó bien religiosa, bajo el velo de la alegoría. Este carácter se advierte, sobre todo, en las obras poéticas de los dos paises. Los mas célebres poetas bohemos encubren su verdadera tendencia bajo el mas profundo misterio. Kolar, por ejemplo, ha escrito así su famosa epopeya titulada «La hija de la slava,» en la que canta los altos hechos primitivos y los sufrimientos seculares de los varios pueblos slavs, con un lenguaje lleno de riqueza y de gracia, en donde la idea se envuelve siempre en magníficas imágenes, pero cuyo objeto final no brilla mas que á los ojos de los iniciados.

Lo que distingue el movimiento literario de la Bohemia desde hace algunos años, es la especie de culto religioso con que sus adeptos se entregan á el como á una mision sacerdotal, como al deber mas sagrado de su vida. El clero mismo es el primero á identificar su religion con su patria. Los mayores patriotas, los slavistas mas celosos de la Bohemia, como de la Moravia y de la Slovakia, son sacerdotes. Kolar era clérigo; el autor de Svatopluk, Holy, era sacerdote tambien, como lo es Mateo Klacel, de Brunn, que tiene fama de poeta filósofo. Puede decirse que Klacel es el moralista mas puro de la Bohemia actual, pero su pensamiento, demasiado austero y demasiado desnudo de imágenes sensibles, adquiere algo de árido y de triste que le impide hacerse popular. Las mismas cualidades y los mismos defectos se advierten, aunque con una tendencia moral diferente, en los escritos de Ladislao Tchelakovski, que filólogo ante todo, concibe la poesía bajo el punto de vista de la comparacion de las lenguas, de las nacionalidades y de las épocas literarias.

Despues de la muerte prematura de Kolar, el mas ilustre de los poetas bohemos, es sin duda alguna Votzel, que ha cantado en su primer poema la antigua dinastía de Przemislav y los héroes de la Edad Media bohema, y publicado como complemento de todas sus obras «El Laberinto de Slava,» epopeya lírica, como todas las de los bohemos, en la que pronostica el desenlace de nuestra triste época y las glorias venideras del slavismo. En esta obra admirable la gracia y la suavidad se hallan al lado de la energía y de la fuerza.

La literatura bohema se apoya afortunadamente en la de los ilíricos-servos que, menos ambiciosa, menos rica, y menos cosmopolita, es sin embargo, mas animada, mas popular y mas patriótica que la de los sabios de Praga. A fines del siglo XVIII fue cuando la Servia y todas las provincias slavas del Sur, vieron levantarse repentinamente en ellas un nuevo iniciador. Cuando el monge Konarski reformaba las escuelas polacas, el pobre caloyero (sacerdote del rito griego) Dositeo Obradovitj salió de su convento para adquirir en Europa los conocimientos que necesitaba. Despues de haber empleado veinticinco años de su vida en recorrer todas las capitales, universidades y bibliotecas de Alemania, Francia, Italia, Rusia é Inglaterra, de vuelta á su patria, este hombre, á quien dieron el nombre de *Anacarsis servo*, comenzó el movimiento de regeneracion de su pais y fundó la escuela literaria que florece actualmente en la Sirmia, la Slavonia y el principado de Servia. En el Adriático de 1790 á 1800 un genio verdaderamente universal, Katantchitj, publicó, tanto en servo como en latin, un gran número de obras, unas populares y otras científicas. Poesía, historia, filología, religion, arqueología, economía social, toda la enciclopedia y la palingenesia del slavismo duermen en germen en aquella vasta y poderosa inteligencia.

La revolucion polaca de 1830 dió á la literatura ilírico-serva su impulso definitivo; sin embargo, la causa que activó mas los progresos de la literatura en Iliria fue la absurda y ridícula pretension de los húngaros, de querer imponer su lengua asiática á los slavs del Danubio, á los descendientes de aquellos antiguos venedos que tal vez fueron los primeros pueblos que se establecieron en Europa, formando una gran nacion. Así, pues, el fanatismo de nacionalidad que manifestaron los ilirios cuando se los amenazó con quitarlos el uso de su idioma nacional, llegó á ser una exaltacion extraordinaria. La Croacia, por su posicion geográfica, estaba destinada á ser el foco mas ardiente de estas guerras de idiomas, que han agitado la Europa desde el año 1848. La Dieta croata se encargó de or-

ganizar la resistencia; los nobles proclamaban con orgullo su nacionalidad croata y adoptaron el traje nacional que habian llevado sus antepasados, en contraposicion al traje asiático de los húngaros. No contentos con esto, sintieron la necesidad de fundar un periódico político que fuera la bandera de su partido, con el único objeto de resistir mas eficazmente á los esfuerzos de los húngaros, y nombraron al doctor Lindevit Gai para que le dirigiera. Lleno de ardiente ambicion, Gai no tardó en liacer un asunto personal suyo de esta causa comun; favorecido por el príncipe Metternich, publicó en 1835 su «Diario croata» y su «Revista croata» que al año siguiente los transformó en «Diario ilirico» y «Revista ilirica.»

Gai ha prestado á su patria un servicio inmenso, dotándola de una ortografía unitaria y obligando, por decirlo así, á los croatas á aceptar el servo por idioma oficial. Recordando la prodigiosa anarquía de lenguaje que reinaba al principio de este siglo entre los slavs del Sur, y los increíbles sistemas de ortografía, y las literaturas microscópicas que se disputaban cada distrito habitado por los slavs meridionales, se comprende bien cuán grande ha sido la constancia que han desplegado los jefes de este movimiento de concentracion literaria. A despecho de mil obstáculos, los slavs meridionales han llegado despues de treinta años de esfuerzos á abrirse un camino para la unidad social por medio de la unidad literaria. Todas las provincias servas é ilíricas de Turquía, de Hungría y de Austria, separadas antes por tantas y tan distintas barreras, han llegado por fin á unirse en el seno de una lengua comun, que es la de la rama mas numerosa de los slavs meridionales, la rama serva estendida á lo largo del Adriático y en una extension de casi la mitad del curso del Danubio.

No hay, sin embargo, que atribuir esclusivamente á Gai el mérito de esta renovacion intelectual. Este vasto trabajo fue la obra colectiva de diferentes escritores mas independientes, mejor inspirados, y sobre todo, mas patrióticos que Gai. Nos limitaremos á citar entre ellos al creador del teatro actual de los slavs meridionales, al célebre Demeter, que por la energía del pensamiento rivaliza con Puchkin; á Kancko Vraz, sin rival en cuanto á la ternura del sentimiento y á la concision del estilo; al gracioso Subbotitj, cuyas baladas tienen el raro privilegio de ser cantadas en los palacios y en las cabañas; al clásico y severo Ostrojinski, cuyo poema titulado «Vila» está considerado como el modelo mas puro del estilo ilírico-servo, y sobre todo al autor de las «Elegías slavas» Ivan Kukulievitj, el poeta político por excelencia de los slavs meridionales.

El centro actual de la poesía serva, la Atenas de los slavs meridionales, es Belgrado. Allí ha sido donde Dositeo Obradovitj ha podido fundar una escuela duradera, de donde salen hoy poetas y sabios dignos de Europa. No citaremos entre ellos mas que á Sima Milutinovitj, á quien Goethe llamaba su «heredero oriental,» y que bastaria para immortalizar al pueblo de donde ha salido. Lo que asegura á los slavs meridionales un desarrollo regular y normal son sus instintos de originalidad y su disgusto de todo lo que indica la imitacion extranjera. Los servos han hecho muy pocas traducciones de las lenguas europeas; sólo los escritores mas eminentes de la Europa occidental les son familiares; las novelas que abundan en Occidente no han encontrado entre ellos mas que un profundo desden. Censúrese cuanto se quiera á esta raza por no formar aun una nacion centralizada intelectualmente á la manera de las demás naciones cultas, jamás podrá quitársele el mérito de haber enriquecido á Europa con una literatura nueva y original, que es al mismo tiempo una de las mas poéticas que existen.

M.

TRASLACION

DEL CUERPO DE SAN FRANCISCO DE ASIS,

CUADRO POR EL SEÑOR MERCADÉ.

En el presente número damos el grabado que representa la traslacion del cuerpo de San Francisco de Asis, asunto que inspiró al señor Mercadé su admirable cuadro, que como saben nuestros lectores mereció la honra de ser uno de los que alcanzaron el primer premio en la Esposicion de bellas artes de esta corte. Nada mas diremos del mérito de la obra del señor Mercadé, porque habríamos de repetir los elogios que ya hizo de ella en El Museo el escritor encargado de la revista especial de artes en tiempo oportuno: esperamos, sí, que su fiel reproduccion en El Museo, por medio del lapiz y el grabado, ha de agradar á nuestros suscritores.

LA LUCHA DE OSOS EN RUSIA.

Mucho se ha hablado contra nuestras corridas de toros, y aunque no es nuestro ánimo constituirnos en

(3) De Oratore, II, 15.
 (4) Orator, 55.
 (5) Institutiones oratoriae, X, 1.
 (6) Πῶς δεῖ ἱστορίας συγγράφειν.
 (7) Ἡρόδοτος, ἡ Ἀεὶλον.
 (8) De legibus, I, 1.
 (9) Satira X = Creditur olim
 Velificatus Athos, et quidquid Graecia mendax
 Audet in historia, constratum classibus isdem
 Suppositumque rotis solidum mare: credimus altos
 Defecisse amnes, epotaque flumina Medo
 Prandente, et madidis cantat quae Sostratus alis.
 (Véase Heródoto, lib. VII, §§ XXI y siguientes.)

defensores de espectáculo alguno repugnante á la razón y al sentimiento, podríamos demostrar que en otros pueblos, muy civilizados por cierto, existen espectáculos mas bárbaros, en los que si algo hay que asombre es la impasibilidad y aun el gozo con que se presencian escenas repugantes cuyo interés se gradúa por los horrores que dejan en pos de sí. Los ingleses, dándose de puñetazos en el boxeamiento, las riñas de gallos y otras diversiones *ejusdem furfuris* podrían servir de ejemplo.

Una de las mayores del pueblo ruso, indudablemente, son las luchas de osos, que se efectúan todos los años durante el invierno, en las cercanías de Moscow.

Centenares de hombres de todas las clases de la sociedad, en grandes grupos á pie, á caballo, y en carruaje van, aun con las mayores nevadas, por el camino que desde Moscow conduce al circo, cuando hay uno de estos espectáculos. Allí se ven mezclados el rico comerciante de Moscow, el empleado, la señora de clase elevada, el vendedor de tortas, y hasta el cochero con su carruaje de alquiler, especie de trineo, con el que hace gran número de viajes conduciendo á los que van al circo. Todos se agitan, se empujan, gritan y hacen un ruido infernal para conseguir un puesto regular.

El circo es de forma cuadrangular, y lo cierra por

los cuatro costados un tablado que consta de dos pisos; el superior es una galería abierta, que ocupa la clase elevada; el inferior está cerrado por delante y solo tiene unos agujeros á la altura de un hombre, por donde el público puede ver el espectáculo. En uno de los frentes de la galería se colocan los músicos y los cantores, que entonan aires nacionales y llevan el compás con movimientos extraordinarios. A veces tambien los muchachos que se hallan cerca, bailan la *priviatka*, que es el verdadero baile nacional ruso.

Finalmente, se hace la señal y comienza el espectáculo. Uno de los osos destinados á él, es conducido



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—TRASLACION DEL CUERPO DE SAN FRANCISCO DE ASIS, CUADRO DEL SEÑOR MERCADÉ, PREMIADO CON LA MEDALLA DE PRIMERA CLASE.

por aldeanos que están diestros en ello, en medio del circo, y allí le sujetan á una viga con una fuerte cadena de hierro: cinco ó seis aldeanos, armados con largas barras de hierro, lo rodean; el oso no conoce aun qué es lo que le espera; súbitamente se abre una puerta y gran número de perros se precipitan con furia y dando aullidos, sobre el oso encadenado, que se endereza entonces y empieza la lucha. Los perros tratan de cogerle por el pescuezo ó por las orejas; sin embargo, esto no suele suceder por lo regular mas que cuando el oso está fatigado por el gran número de perros y no puede hacer frente á todos; pero si en su desesperacion llega á coger á alguno de ellos, la muerte del perro es inevitable. Furioso y echando fuego por los ojos, le estrecha contra sí y le destroza con las manos. Cuando el oso está muy fatigado ó demasiado furioso, le retiran y traen otro que no se halle cansado al lugar de la lucha; de modo que muchas veces tres y hasta cuatro osos, sufren este tormento en un día. Es muy raro que llegue á morir un oso en el combate, por que los hombres que le rodean tratan de impedirlo con sus largas barras, pero en general mueren muchos perros. Es un espectáculo desagradable el ver estos animales, que mueren allí de un modo terrible. Cuando todos los osos que había dispuestos, han luchado ya, ó cuando muere uno de ellos, se concluye la funcion y todos los espectadores se vuelven contentos con lo que han visto, discurrendo sobre los incidentes de la lucha con risa y algazara, á la antigua ciudad del Kremlin, á la blanca Moscow.

PESTUM AL CAER DEL DIA.

Vedere á Napoli e poi morire: frase que reasume y espresa todo lo hermoso de esa tierra de Italia, cuya feracidad y belleza no tienen semejante en Europa. El viajero que navegando hácia las costas de Nápoles, descubre de repente las accidentadas embocaduras del Golfo, las islas que entre flotantes brumas aparecen envueltas en lontananza, la ciudad, Nápoles, la antigua Parténope, que se alza sobre las verdes olas del mar en anfiteatro, rasgando el cielo con sus elevadas torres, sus frondosas colinas, sus montes, sus monasterios elevados en las cumbres, su cielo azul ceniciento, esplendoroso á la mañana, solemne á la tarde y sublime á la noche, cubierto por la densa y oscura nube que flota sobre las ráfagas de fuego que arroja eternamente la boca del Vesubio: el viajero, que avanzando por las encontradas aguas del Golfo, descubre lentamente la punta de Baya, el cabo Miseno, la isla de Prócida, la isla de Isquia, el golfo de Puzole y mil accidentes que forman en raro y maravilloso conjunto las salientes y entrantes olas del mar, con las orillas y las riberas donde se alzan y se estienden; tanto pueblo, tanto caserío, tanto jardín, tan feraz vegetacion y tan magníficos paisajes; el viajero que descubre súbito tan bella y tan espontánea naturaleza, siente el alma ensancharse de asombro, no sabiendo qué admirar mas, si la ciudad que se estiende y se alza en anfiteatro, el cielo azul, claro, inmenso y esplendente, ó el mar verde esmeralda que, á los rayos del sol, cambia á cada momento

en celeste zafiro ó en azul violeta; repitiendo en las profundas aguas que arroja á las orillas del Golfo, las floridas márgenes y los frondosos campos que rodean las pendientes de las colinas, en cuyas accidentadas cumbres se alza la ciudad sobre sagradas ruinas de pueblos, que unos sobre otros yacen bajo la profundidad de la tierra, sepultados por las corrientes de lava y por las cenizas del volcan. Entre esas sagradas ruinas, cuenta Nápoles, las de Puzole, las de Herculano, las de Pompeya y las de Pestum. Las mas antiguas de esas ruinas, las mas artísticas, las mas sagradas escombros son los de Pestum; ciudad cuyo origen se pierde en los tiempos, pues los primeros habitantes que se recuerdan son los sibiritas, que se apoderaron de esa tierra pantanosa y fabricaron la ciudad, de la que despues fueron arrojados por los lucanos. En 479, Pestum cayó en poder de los romanos, y al fin del siglo IX fue destruida por los árabes.

Nada mas bello, mas pintoresco, ni mas pródigo en accidentes de paisaje que el camino que conduce desde Nápoles á Pestum. Corria el mes de octubre del año 58, del largo de Santa Lucía, parte en un cabriolé, atravesando á Portici y á Resina, cuyos edificios se levantan sobre las ruinas de Herculano, sepultadas el año 89 de la era cristiana, bajo las corrientes de lava y de ceniza que arrojó el Vesubio en aquella terrible erupcion. Multitud de casas de campo se estienden, desde Portici y Resina hasta Torre del Gréco, que cercano al mar se estiende en medio de anchas y frondosas llanuras. Pasando por los campos de ceniza que rodean á Pompeya, atravesando á

Nocera, la Cava y Salerno, llegamos á Vicenza, y costeando la orilla del mar que se extendía verdoso y esplendente, bajo un cielo azul claro, descubrimos la ancha y pantanosa llanura á cuyo centro se elevaban, solemnes y sombrías, las ruinas de la antigua ciudad de Pestum. Avanzábamos badeando aquellas pestíferas lagunas, cuyas aguas estancadas arrojaban nubes de espesa y fétida bruma. Raro contraste; no lejos de

esos pantanos y á corto trecho de los sagrados escombros de la ciudad, se alzaban frondosos rosales silvestres, con hermosas rosas de color rojo-punzó y de penetrante aroma.

PESTUM EMULA LABRA ROSÆ...

dice Virgilio, y en verdad que el color y el perfume de aquellas rosas brotadas entre aquellas corrompidas

lagunas, son de una belleza y de una frescura sin igual.

Mediaba el día; el sol envuelto entre blancas y flotantes nubes, arrojaba de tiempo en tiempo sus purpúreos resplandores sobre las ruinas. Esperaba la tarde con impaciencia, pues todo indicaba que la puesta del sol sería solemne. Las horas que corrieron hasta la caída del día las sentí pasar rápidas, contem-



LA LUCHA DE OSOS EN RUSIA.

plando las sagradas ruinas de Pestum. Los muros describen un polígono, cuyo circuito mide un espacio de dos millas largas, y están contruidos con gruesas piedras, encajadas las unas en las otras con rara perfección, sin cal ni argamasa alguna en las juntas, demostrando la solidez de aquella obra mural, la grandeza con que se acometían y terminaban las obras de los antiguos. Cuatro puertas daban entrada á Pestum, y de las cuatro ya no existe mas que una, compuesta de un arco de piedra, de 46 pies de altura, que en un tiempo estaba cubierta, como las que han desaparecido, con bajo-relieves, que ha destruido la intemperie de tantos siglos. No lejos de esta puerta se alzan algunos sepulcros que guardan en su interior vasos griegos y armas, con pinturas los vasos y con esmaltes las armas.

El templo de Neptuno, el que parece mas antiguo, es de arquitectura sencilla y grandiosa. Se apoya y cimienta sobre un basamento de tres gradas, donde se elevan un compuesto de seis columnas acanaladas y sin base, y una tercera parte mas pequeñas en la

parte superior. Todo el templo está rodeado en el interior por treinta y seis columnas talladas, que sostienen un arquitrave con friso de órden dórico. En el interior se extiende paralelo un doble órden de columnas, de menos dimensiones que las seis que sostienen el arquitrave y el friso que sostiene tambien otro arquitrave sobremontado de otro órden de columnas, que sostienen la cúpula, abriendo por uno y otro lado paso á la luz. Magnífico, sorprendente es este templo que ha creado el órden conocido con el nombre de órden de Pestum. Basílica se llama hace siglos á un monumento de forma rara entre los monumentos fabricados en aquella época, compuesto de 50 columnas dóricas, cuya disposicion y colocacion es completamente diversa de la del templo de Neptuno y de todos los que se conservan arruinados en Grecia y en Sicilia. Su basamento, del cual no queda ningun vestigio, estaba atravesado de columnas, de las que existen tres solamente, respetadas por los siglos.

El templo de Ceres, compuesto de 34 columnas, es de menos proporciones que el anterior monumento y

fabricado en época posterior á la llamada basílica. Restos de un anfiteatro y otros edificios, que no es posible clasificar, y una porcion de columnas que se descubrieron en 1830, de un templo sepultado bajo sus escombros en una calle de la antigua ciudad, son los restos únicos que se conservan de Pestum, la única ciudad con monumentos griegos de la que existen sagradas y artísticas ruinas.

Espiraba el día; el sol rodeado de nubes, caía rojo sobre las purpúreas y ondulantes olas de la mar; sus últimos rayos reflejaban tibios y centellantes sobre los frisos, las columnas y las ruinas de Pestum. Magnífico, solemne, sublime espectáculo; las lagunas parecían lagos de lava á la luz sangrienta del sol poniente; el aire de la mar movía los verdes y frondosos rosales de Pestum; las enormes culebras se agitaban en el fango á las orillas de los pantanos, silbando y enroscándose las unas con las otras; por fortuna, son serpientes completamente inofensivas, pero terribles, casi del tamaño y el grueso de los boas.

Murió la luz, y el cielo rápido se cubrió de claros

luceros y de pálidas estrellas; al ruido de las olas de la mar, al aullar lejano de los lobos y al rielar de la luna en las aguas tendidas del golfo, avanzábamos hacia Nápoles; el Vesubio de momento en momento estrechaba el valle donde se alza tronando en el silencio de la noche y arrojando negra nube de humo, que salía del volcán en roja lengua de fuego. Mediaba la noche, y entramos en Nápoles atravesando el largo de Santa Lucía. Los lazzaroni, á la luz de grandes hornillos y enormes candiles, guisaban y amasaban macarrones, con las puertas abiertas: las barcas pescadoras cortaban el mar á la roja luz de faroles, que reflejaba en las aguas del Golfo. El mas profundo silencio reinaba en la ciudad; Nápoles á aquella hora parecia un inmenso sepulcro.

JAVIER DE RAMIREZ.

En la noche del 19 de marzo último, dió la *Sociedad filarmónica* de Murcia su primer concierto en el teatro de aquella capital.

Esta inauguración fue brillantísima, por lo escogido de la concurrencia, por lo bien que lo hicieron los profesores y los alumnos, y por el esquisito gusto con que estaba adornado el teatro.

Al final de la primera parte del concierto, se leyeron algunas poesías, siendo una de ellas la siguiente, que va firmada por su autor, conocido ya y estimado de nuestros suscritores por otras suyas con que El Museo se ha visto favorecido.

A LA SOCIEDAD FILARMÓNICA DE MURCIA,

EN LA NOCHE DE SU INAUGURACION.

Gloria inmortal á los divinos genios
Que de Grecia la fama remontaron:
De Timantes y Apeles
Los mágicos pinceles
Con la impalpable luz cuerpos formaron;
Y al verlos la ilusión á tanto llega,
Que entre sí divididos
Nuestros mismos sentidos,
La vista afirma lo que el tacto niega.
De Fidias al cincel, la piedra dura
Supo espresar afectos y pasiones;
El, con mano segura,
Hizo con sus creaciones
Que de un núnem fingido el simulacro
Haga que el hombre vea,
Henchido el pecho de entusiasmo sacro,
La inmensa magestad que á Dios rodea.
Del tiempo destructor al soplo lento,
El renombrado Partenon de Atenas
Casi por tierra yace derruido;
Y ver que de aquel templo de las artes
El sublime esqueleto queda apenas,
Del corazón arranca hondo gemido.

Mas antes que el pincel su luz y sombra
A la naturaleza arrebatase,
Con mágico poder, que al mundo asombra;
Y antes que el mármol del cincel herido
Afectos y pasiones espresase;
Y antes que fuese de cultura ejemplo
El arte bienhechora, que ha sabido
Al hombre dar morada y á Dios templo,
No en indecisa aurora,
Mas en luciente día
El esplendente sol resplandecía
En que el poder de un arte seductora
Enseñase á los hombres el camino
De su elevado y celestial destino.
¡Arte divino aquel, que al viento leve
Haciéndole vibrar, lleva el encanto
Al alma y la conmueve!
Ya causa triste llanto,
Ya produce alegría,
Ya horror, piedad, espanto...
Que esclava de las leyes del sonido,
El alma palpa y ve por el oído.

Por tí el hombre que un día,
Con fatigado aliento,
Llevando al hombro la pesada aljava,
Errante por los bosques disputaba
Con el cerdoso jabalí el sustento
Que la robusta encina le ofrecía,
Al yugo de la ley el cuello uncido,
Sus feroces costumbres dió al olvido.

Por tí ciudades ciento
(No miente aquí la historia, no, no miente)
Se vieron levantadas de repente,
Sus altas torres despreciando al viento;
Y allí donde el león y la pantera
Con hambrientos rugidos
Atronaban del hombre los sentidos,
De lira resonante
Los acordados sonos

Llenando los espacios de armonía,
Al terror al instante
Sucedió la alegría,
Latiendo de placer los corazones.
Tú, en el coro divino
En que á las Musas (del saber arcanos)
Asidas de las manos
Puso el pintor de Urbino,
Con tu mágico acento
Placer al genio das y das aliento:
Que en medio de aquel coro, el sol luciente,
Fuente de vida y luz, por alto modo
Con su lira, que pulsa dulcemente,
No muestra que sin tí desmaya todo.

Por todas partes tu poder se estiende,
Celestial armonía,
Y ya en lóbrega noche ó claro día,
De nuestro globo que el espacio hiende,
En sublimes conciertos
Cantan selvas y mares y desiertos.
¿Qué es el hondo rugido
Que, pavor infundiendo en los mortales,
Con relámpago súbito encendido
Lanza la negra nube
Las bóvedas rasgando celestiales,
Sino un inmenso canto
De la naturaleza embravecida
Que al hombre, con espanto,
Lo frágil le recuerda de su vida?

Y aquel manso ruido
De las hojas movidas por el viento,
Cuando el sol mas subido
Nos obliga á ocupar umbroso asiento,
Dulcísima armonía
De los árboles es, cuyos amores,
Melancólicos cantan á porfía
Los dulces ruiseñores,
Típios divinos de la selva umbría.
El plateado arroyo,
La bulliciosa fuente,
El férvido torrente,
La hórrida catarata,
El río que sonante se dilata,
Los mares, ya tranquilos, ya alterados,
Son de líquida plata
Divinos instrumentos acordados.

Salud, noble ciudad, que con decoro,
Cuando luces tus inclitos blasones,
Muestras entre castillos y leones
Siete coronas de luciente oro:

A tu envidiado suelo
Sirve de pabellon, que siempre dura,
Un puro, azul y trasparente cielo.
Cuando aquilon bramando
A la tierra despoja de hermosura,
Piadosa acoges en tu seno blando
La dulce Primavera,
Que desterrada llega á tí y llorando:
Por eso, respondiendo á tus amores,
Te prodiga con mano placentera
Sus galas y sus flores,
Y es en diciembre helado
Nieve de tus jardines
Claveles y mosquetas y jazmines.

Hoy en este recinto,
Albergue de las musas seductoras,
Brindas placer al alma,
Cuando en molesta calma
La oprima el peso de las lentas horas.
Un camino que gloria te asegura,
Aquí ¡oh murciana juventud! comienzas;
Y hoy el premio á tu afán darán colmado
Las bellas ninfas mil, que del Segura
Bañan en el raudal sus blondas trenzas.
¡Gloria á tí, juventud! ¡gloria al talento
Que, cual luciente estrella
Del alto firmamento,
Se levanta y descuella!
Gloria á los que guiados
De un noble pensamiento,
Arrostran denodados
Enojosos afanes y prolijos,
Y honra de su especie son llamados
Y de su patria predilectos hijos!

ZACARÍAS ACOSTA.

BIBLIOGRAFIA.

HISTORIA FILOSÓFICA DE LA RELIGION CRISTIANA EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACION, POR DON JOSÉ LESEN Y MORENO (4).

I.

Entre las obras históricas recientemente publicadas en nuestra patria, es digna de honrosa mención la (4). Dos volúmenes en 4.º—Se vende en la librería de don Leocadio Lopez, calle del Carmen.

Historia filosófica de la Religión cristiana, escrita por el señor don José Lesen y Moreno, á la cual vamos á consagrar algunos breves renglones.

Se propuso el señor Lesen y Moreno demostrar que la Religión cristiana es el solo lazo que une los hombres y las cosas, y que sus soluciones en todos los órdenes de las ideas humanas, y en todas las esferas de la vida, son siempre las únicas que resuelven esos pavorosos problemas que se presentan en todas épocas de la historia, y que á semejanza de la antigua esfinge parece que nos gritan: adivina ó te devoro.

Para llevar á cabo este propósito, espone el señor Lesen la historia de los antiguos pueblos orientales, fijándose en sus religiones, códigos legislativos y costumbres públicas y privadas, y sobre esta base forma el paralelo con el pueblo hebreo, y deduce la superioridad de éste sobre aquellos; superioridad tan manifiesta y tan *sobrenatural*, que con razones valederas se puede sostener, ante las negaciones del racionalismo, que el pueblo de Moisés fue siempre el pueblo escogido por la Providencia para ser digna cuna de la revelación divina, que por dicha nuestra aun alumbraba y guía la civilización contemporánea por los senderos de la vida.

Tal es la concepción sintética de la *Historia filosófica de la Religión cristiana*, del señor don José Lesen y Moreno.

II.

Como se ve, la parte que tiene mas originalidad en el libro de que nos ocupamos es el paralelo entre el pueblo hebreo y los demás pueblos de la antigüedad: estudio difícilísimo, pues los trabajos de los modernos orientalistas descubren horizontes inexplorados, pero están muy lejos de la exactitud y extensión necesarias para determinar al pormenor la vida histórica de las razas que primitivamente han poblado el planeta donde nos hallamos.

En la exposición de los hechos sigue casi siempre el señor Lesen y Moreno la *Historia del mundo* de M. M. Riancey, pero algunas veces comenta y juzga estos hechos de un modo distinto y que asemeja mucho el espíritu de la obra que nos ocupa al que domina en el *Discurso sobre la Historia Universal*, del célebre obispo de Meaux.

Por esto, no sería infundado, si dijésemos que la *Historia filosófica de la Religión cristiana* pertenece á la escuela *sobrenaturalista*, que ve en todas partes el dedo de la Providencia que señala y traza los senderos por los cuales debe caminar la humanidad para realizar el bien. Como sólo nos hemos propuesto escribir una reseña bibliográfica, y no crítica, nada diremos acerca de los vacíos que entraña, ni de las excelencias que avalora esta escuela histórica: solo apuntaremos una idea general sobre este asunto.

El *providencialismo* absoluto, negando el libre albedrío humano, conduce derechamente al fatalismo así en la humanidad como en el individuo; y por este camino llegó á decir Fenelon: *El hombre se agita, Dios le lleva*. La libertad humana, considerada como absoluta, es la negación de la Omnipotencia absoluta de Dios; porque dos absolutos del mismo género se excluyen mutuamente; un Dios sin Omnipotencia no es Dios: luego claramente se deduce, que esta escuela histórica viene á parar en el ateísmo. Resolver esta difícil cuestión por medio de una unidad superior donde se armonicen, y no se nieguen los contrarios que hemos indicado, tal es la aspiración que pretende realizar la escuela que, con dudosa propiedad, se conoce bajo el nombre de histórico-filosófica.

III.

Después de la reseña que acabamos de hacer sobre lo que constituye la interioridad de la *Historia filosófica de la Religión cristiana*, del señor Lesen y Moreno, cumple á nuestro propósito indicar las cuestiones parciales trazadas con mayor tino ó novedad en ella.

La geografía de los pueblos primitivos presenta grandes lagunas que ha procurado llenar el autor del libro que nos ocupa, con disquisiciones siempre eruditas, aun cuando á veces no nos parecen del todo bien fundadas varias de las opiniones que sostiene.

Muy notables son las indicaciones que hace el señor Lesen y Moreno sobre la poesía del pueblo de Israel, en las cuales ha seguido el espíritu y algunas veces traducido la *Historia y fundamentos de la poesía de los hebreos*, del célebre Herder.

También merecen mencionarse las consideraciones que se leen desde la pág. 8 hasta la pág. 40 del primer tomo del libro que nos ocupa, acerca de la necesidad de la fé para entrar en el estudio de la historia sagrada, y aun para los usos mas frecuentes de la vida comun: la demostración, que puede verse en la pág. 168 y siguientes del mismo tomo, de que la unidad religiosa del pueblo judío entre las sectas contradictorias de las naciones gentiles era signo infalible de los altos fines que estaba llamado á realizar en las edades futuras; y por último, la explicación del desenvolvimiento progresivo de la humanidad sobre la tierra—pág. 545 y siguientes:—teoría, que, como es sabido tiene, dentro

de las escuelas católicas, algunos contradictores, que consideran la ley del progreso como una negación de las profecías que se entrecruzan en las visiones apocalípticas.

La *Historia filosófica de la Religión cristiana*, del señor Lesen y Moreno, merecía más detenido y profundo exámen que el que consienten los estrechos límites de una reseña bibliográfica, pero creemos que lo dicho será suficiente para llamar la pública atención sobre las importantísimas cuestiones que en sus páginas se tratan, y no es otro el fin que nos hemos propuesto al escribir estos pocos renglones.

LUIS VIDART.

MADRID.—DESCARRILAMIENTO

DE UN TREN EN LA VIA FERREA DEL MEDITERRÁNEO.

En los últimos días de marzo, descarriló cerca de Getafe, el tren número 3, procedente de Toledo á consecuencia de un hundimiento de terreno. Habiéndose embarrancado la máquina á corta distancia de la vía, se estrellaron contra ella el furgón y los coches que seguían, los cuales quedaron á consecuencia de tan terrible choque, casi completamente destrozados. Así que el señor Gobernador de la provincia recibió la triste nueva de la catástrofe, se personó en la estación del Mediodía, y dictó cuantas medidas juzgó oportunas para que se diese inmediato auxilio á los heridos; reiterando también con tal motivo las órdenes más severas á la empresa de ferro-carriles, y recomendando la mayor vigilancia para evitar accidentes como el que acababa de ocurrir y del que puede dar idea uno de los grabados adjuntos. El número de heridos ascendería á unos treinta; el de los muertos, no sabemos que haya pasado de dos ó tres.

VIDAS AGENAS.

LA SOIRÉE DEL SEÑOR PINTADO.

I.

Doña Pancracia Rigodon de Pintado se halla muy ocupada, dictando á su marido el texto de las papeletas de convite para una reunión con que piensan celebrar el cumpleaños de su hija mayor, Basilisa.

Una de las papeletas está dirigida á doña Amalia García, y dice así:

«Querida amiga: Invito especialmente á usted y á su niña á la *soirée* con que celebro esta noche el cumpleaños de mi hija mayor, y á la que espero no dejarán ustedes de asistir, ya que no nos favorecen con su presencia en nuestras alegres reuniones semanales.»

Doña Amalia García contesta á su atenta amiga, por el correo interior, en estos términos:

«Mi apreciable señora y amiga doña Pancracia: Mucho estimamos mi hija y yo la invitación con que nos distinguen; pero ustedes habrán de dispensarnos de asistir á la *soirée*, en gracia de la necesidad en que estamos de corresponder á la constancia con que cuatro buenos amigos nos acompañan en nuestra modesta tertulia de familia.»

—¿No te lo decía yo?—esclama doña Pancracia, dirigiéndose á su marido, con la contestación de su amiga en la mano.—¿No te lo decía yo? Ahí tienes; siempre encerrada en su casa con cuatro pelagatos, afectando modestia y sencillez, y es toda orgullo y envidia. Ella no puede competir con nosotros, y por no presenciar el brillo de *nuestros salones*, se encierra en su covacha, y no hay quien la saque de allí, ni á tiros.

—Pero, mujer,—contesta el bueno de Pintado—cada maestrillo tiene su librillo. Ella cree que así se divierte y proporciona goces á su hija, que se ve reducida al trato de un procurador, del abogadillo, pasante de su padre, que la debe tener aburrída con su constante solicitud, y de dos estafermos que suelen hacer pie para el *solo* y el *tresillo*.

—¡Pobre Soledad!—dice doña Pancracia—¡Y qué en consonancia está su nombre con el perpetuo retiro á que la tienen condenada sus padres, á los que debe poner una cara de risa, que me río yo!

Doña Pancracia sigue echando la lengua á andar, sin permiso de Dios y sin pizca de conocimiento del mundo y de los hombres, como verá, si gusta, el curioso.

II.

Don Lucas Pintado es un señor mayor y oficial de poca talla en el ministerio de Hacienda, donde se en-

trega, como es de suponer, al despacho de expedientes, guiado por la práctica, sin que el propio criterio preste dos dedos de luz al informe, pues tiene muy poco de lo de Salomón.

Habiase aficionado don Lucas desde su juventud á esas reuniones en que la música y el baile son un pretexto *formal* para entrar en asuntos de fondo, y tal le, tan esquisito celo desplegaba en algunas casas, que en no pocas llegó á hacerse necesario, é indispensable á la de los padres de Pancracia, á quienes había caído en gracia, sin tener, en verdad, nada de gracioso.

El padre de Pancracia, antiguo director de uno de los ramos de nuestra Hacienda, que era la que todas sus rentas producía, vióse precisado á *abrir sus salones* para distraer el ánimo de su hija única, á la que deseaba sacar de la *clase de meritorias*, ó, como dice el vulgo, del estado de merecer.

No merecía mucho, ciertamente, la heredera del hacendista; pero era el objeto de las atenciones de los concurrentes á la reunión, empleados en su mayor parte, que buscaban el apoyo del director en las sonrisas de la directorecilla.

La pareja obligada de la niña llegó á ser el imprescindible don Lucas, á quien de *rigodon* en *polka* y de *wals* en *habanera*, fue dando pie para que al fin consiguiese la mano, con lo cual el que había dirigido impertérrito tantas cuadrillas de *lanceros*, creyó poner una pica en Flandes y los ojos en el sereno cielo de su destino.

Don Lucas se casó.

Pancracia pasó á ser la señora doña Pancracia.

El director abasteció el armario de su hija de alhajas y vestidos, y alcanzó del ministro una colocación de 12,000 reales de sueldo, presente de boda con que hizo que el yerno olvidase su mísero pasado y esperase en un brillante porvenir.

III.

La realidad no pudo corresponder á las esperanzas.

Después de dar en un par de años el yerno un salto de 4,000 rs., apoyado en los flacos hombros del suegro, éste dió al fin el salto mortal, emprendiendo el viaje al otro mundo, y dejando al matrimonio joven en las astas del toro, es decir, sin su protección, y con muchas y crecientes necesidades.

«Para mí los ascensos acabaron.»

Esclamaba luego don Lucas, parodiando al poeta. Pero los que no acababan nunca eran los censos que la hija del director le proporcionaba en los frutos de bendición de su amor, que todos venían á ser *frutas*, porque todos eran hembras, para ayudarle á sentir y á caer cuando llegase su tiempo.

El tiempo no se hace esperar mucho, y el tiempo de las caídas llegó.

Si la costumbre adquiere fuerza de ley en la vida de los pueblos, en verdad que sucede lo mismo en la vida de las familias y en la de los individuos, cuando la costumbre halaga al amor propio, siempre exigente, ó al pícaro egoísmo, opuesto siempre al más pequeño menoscabo.

La hija del difunto director estaba acostumbrada á una vida de comodidades, de regalo y hasta de lujo, y es muy rara la virtud de la fácil conformidad con el descenso en la escala de la vida social, virtud que tal vez hubiera inculcado en el corazón de Pancracia el empleado de los 16,000, si el caballero don Lucas no hubiera sido también ambiciosillo y vano, á la manera que lo son los tontos y los incapaces.

Y aunque don Lucas sabía aquello de *necesitas caret lege*, él se propuso cerrar los ojos ante la *cara de hereje* de la necesidad, poniendo á contribución los bolsillos de antiguos y buenos amigos de su difunto suegro, á quienes debía también el conservarse en su puesto oficial, que era cuanto podía pedir un empleado *simple*, por no decir *simple empleado*, sin significación alguna en la esfera política.

Don Lucas, en sus ahogos, ansiando dar salida á las faldas que de sobra tenía en su casa, con el agua al cuello y todo, daba reuniones, á imitación, ó á parodia, mejor dicho, de aquellas en que le pescó Pancracia, que era la que sin ellas no podía pasarse.

Y ya que doña Amalia García y su hija no pueden asistir á la extraordinaria *soirée* del señor Pintado, que se verifica en celebridad del cumpleaños de la señorita Basilisa, van ustedes á ser presentados en su lugar, mis benévolos lectores, para que vean claro lo que son ciertas reuniones de ciertas gentes, y cuán errados andan muchos padres que creen que abrir los salones de sus casas, es lo mismo que poner á sus hijas á la puerta de la Vicaría.

Con que, mucho ojo, que ya se levanta el telón.

IV.

Don Lucas Pintado, que se pinta solo para esto de los *tés danzantes*, como se dice entre legítimos españoles, lo tiene ya todo dispuesto para que lo ridículo luzca en su casa con todo el esplendor y aparato que el argumento requiere.

En un rincón de la sala el piano vertical, que han de tocar á cuatro manos Basilisa y su hermanita menor, dechados de primores musicales, que también han dejado oír muchas veces sus angelicales acentos, aunque todavía no han cerrado un punto, de los muchos que descubre la ortografía de los calcetines del papá.

Cerca del piano un par de butacas de gutapercha para los más ardientes *amateurs*, como siguen diciendo los hijos de Cervantes.

Consola. Sobre ella dos candelabros de bronce, con velas de 8 reales libra, que se corren, no sé si de vergüenza de alumbrar en aquella comedia inverosímil, aunque verdadera á todas luces, incluso á la de la candileja de la Maritornes, que pasa frecuentemente de la cocina á la sala y de la sala á la cocina, respondiendo á las voces de mando de mi señora doña Pancracia, cuya retocada y revocada figura, atenta con insistencia contra el poco azogue que le queda al espejo colgado sobre la consola.

Sofá, para las mamás, cubierto, como toda la sillería, de tela blanca, no sé si para tapar la vejez de su tela propia, porque doña Pancracia es muy aficionada á tapar todo lo viejo.

Ya las amigas más íntimas de Basilisa han entrado en *el salón*, que no pasa de ser una salita de las que estilamos ahora.

Todavía se oyen los besos y las felicitaciones de las palómitas con hiel, que se miran y remiran, se tocan y retocan, elogiándose mutuamente los trajes y los adminículos que los adornan, aunque luego los censuren y ridiculicen despiadadamente.

Son las nueve, y ya la concurrencia va creciendo, hasta el punto de no poder revolverse en el salóncito.

Besos, apretones de manos, sonrisas amables, frases de cajón.

Don Lucas corre de un lado á otro, está en todas partes, se multiplica, y desde luego se echa bien de ver que es hombre que ha hecho su carrera en fiestas de aquel género.

Luce el frac, el mismísimo frac que estrenó el día de su boda. Pero por uno de esos giros caprichosos de la moda, que con frecuencia vuelve á tomar formas abandonadas y perdidas en el olvido, el frac de don Lucas, con menos pelo y más brillo de lo que es conveniente, encaja á las mil maravillas en la *alta novedad*, como dicen nuestros sastres, dando un corte al patriotismo.

Es de ver allí á don Lucas, echando atrás la solapa con una mano, dando la otra á los que acuden á honrar su casa, como él dice, colocando convenientemente á las señoras, diciendo frases galantes á las señoritas, dando bromas lisonjeras á los caballeros, soltando alguna vez chistes de su cosecha, colocado, en fin, á la altura de su reputación.

Como quien no quiere la cosa, se cuele también en la pieza donde está la mesa, cubierta de dulces y azucarillos, contados ante la lista de las familias invitadas; pregunta á la criada si falta algo, aunque bien seguro está de que no sobra ni un vaso de agua, porque el haber que por su destino le corresponde, no le permite andar en sobras, como no sea de deudas.

—¡Es mucho Pintado!—dice una señora gorda á doña Pancracia.—Tiene usted una alhaja en su marido. ¡Qué precisión, qué naturalidad en la dirección de estas deliciosas fiestas! Todo se lo encuentra hecho, y en todo se ve su mano privilegiada. ¡Ay! ¡si yo tuviera un marido como Pintado! Pero hija, el mío es un hurón; en el café se mete con cuatro amigotes, y no hay quien lo saque de allí, ni para acompañarnos á mí y á las niñas. Siempre tratando de la cosa pública, sin que nuestras cosas le interesen. Le digo á usted que nos tiene apestadas con la condenada política.

V.

Bulle la gente, se cambian preguntas, se fingen sonrisas, se confunden conversaciones, comienzan los chicheos, y las murmuraciones en los corrillos empiezan á tomar color local.

Las parejas obligadas de enamorados reanudan sus coloquios, interrumpidos en las últimas reuniones semanales, *ordinarias*, como las llama la señora de Pintado.

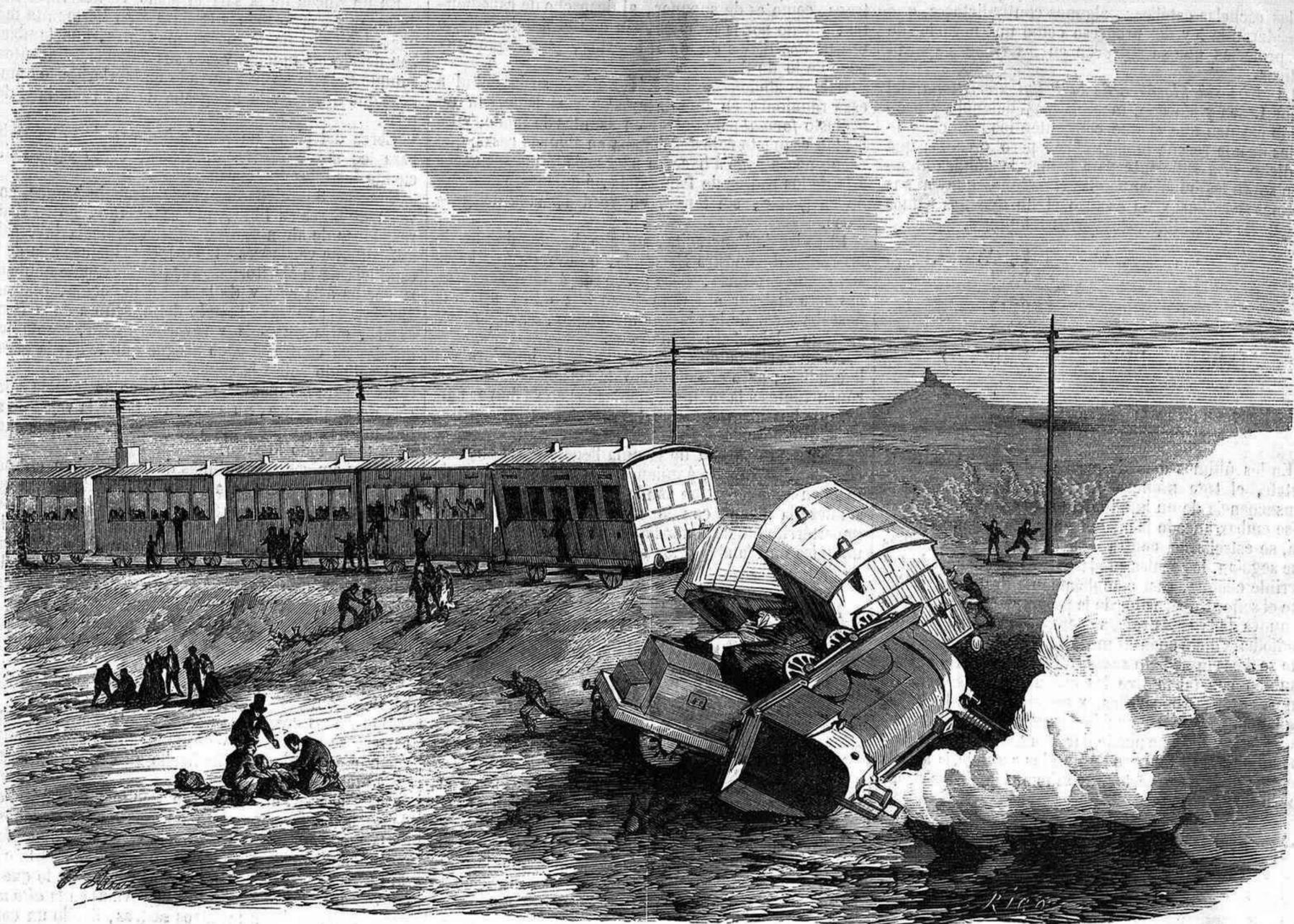
Este, que ha recibido aviso, por medio de una seña especial de doña Pancracia, seña que bien pudiera compararse con la que hace con el pañuelo el presidente de una corrida de toros, trata de dar principio á la función, y se dirige á su niña menor.

—Mira, Ramoncita, toca una polka, un wals, algo para que esto empiece á animarse.

—¡Ah! no lo consentiré, don Lucas,—dice un pollo con lentes, acercándose al piano y preludiando torpemente una polka.

—Gracias, Angelito,—dice Ramoncita muy satisfecha, porque se ve libre de la banqueta del piano y en situación de poder ser bailada.

Y efectivamente; la baila un gallo inglés, inglés por la patilla, que aunque á la reunión vá por una rubia, espiritual porque se le escapa el espíritu por las ventanas de sus ojos tristes y azules, se apresura á sacar



MADRID.—DESCARRILAMIENTO DEL TREN DE TOLEDO EL DIA 27 DE MARZO ÚLTIMO, TOMADO SOBRE EL TERRENO, POR DON FEDERICO RUIZ.

al baile á una de las niñas de la casa, pues este es el único privilegio de las hijas de Pintado, que son de las pocas que allí no tienen su arreglito formal, ni quien las ayude á sentir las melancólicas esperanzas de su estado honesto.

Las otras niñas de la casa también bailan las primeras; ¿pues no han de bailar? Sobre todo, Basilisa que, en celebridad de su cumpleaños, tiene ya solicitudes para representar á Terpsicore durante treinta noches como aquella.

Los pollos que hacen en la danza la política del re-
tramiento, se dedican en los rincones del gabinete inmediato, á saborear los cigarros y las dulzuras de la libre crítica.

—¿Qué te parece de las hijas de Pintado, Pepe?

—¿Qué quieres que me parezca? Que para figuras de escarapate no tienen precio. Cuando bailan me divierten; cuando se sientan me dan lástima.

—Te comprendo. Están fuera de sí, estando fuera de la galop.

—Justo. Nadie las dice nada, sino mientras galopan.

—Daria algo bueno, por oír sus monólogos íntimos.

—El destino de esas chicas, es peor que el destino de su padre.

—Bien podías tú tomar posesion de ese destino.

—¿Para pagar de mi bolsillo el sueldo?—Ni con 30,000 reales sostengo yo las colas de esas pajaritas. No sé cómo su padre se las arregla con 16,000.

—¿Hombre, sí! Con la deuda flotante, se arregla todo.

Y en perdiendo el destino se perdió toda clase de arreglos.

—¿Bonito porvenir! No sé cómo tienen gana de dar reuniones. ¡Si Pintado fuera siquiera director, como fue su difunto suegro!

—Calla; que ya nos llaman al buffet.

—¿Verás qué buffet, Pepe!

Y aquellos caballeros pasan detrás de las señoras al comedor, y comen dulces y beben agua fresca, para seguir tan frescos sus diálogos acerca del destino de las niñas de Pintado.

Y otros diálogos parecidos, pero mas vivos, entablan las señoras mujeres.

Y cuando apenas quedan dulces, y cuando han desaparecido todos los azucarillos, entra un joven con mucha franqueza, pidiendo mil perdones á doña Pan-

cracia, porque se ha tomado la libertad de presentar, sin previo aviso, á tres nuevas tijeras, amigos suyos, que no sabian donde pasar la noche.

Y aquí de los apuros de Pintado, que tenía contados los azucarillos, y que se ve en la precision de mandar á la criada á la confitería.

Y la criada no tiene mas remedio que pasar por el salon, y la concurrencia se come la partida, despues de comerse los azucarillos; y la criada vuelve á entrar en medio de las sonrisas y chicheos de la malicia de aquellas buenas gentes, que comen, beben, se divierten y pagan con la moneda de la murmuracion.

Y luego, Basilisa, la del cumpleaños, canta, desafina, suelta unos cuantos gallos, y los pollos se estremecen de alegría.

Y Pintado se arranca con tal motivo el tercer boton del frac.

Y doña Pancracia se sonríe, creyendo que los gallos de su hija son dos de pecho.

Y al oír los aplausos obligados, ya juzga asegurado el porvenir de la niña.

Y los pollos siguen retraidos para el amor de las señoritas de la casa, incluso los tres que pusieron en un brete á Pintado.

Y dan las tres de la mañana, se disuelve la reunion, las parejas concertadas en medio del desconcierto, al salir, pasan la miel por los labios de las hijas de don Lucas, y la señora de un abogado anuncia con la mas sana intencion á doña Pancracia, que Soledad, la niña de la modesta señora doña Amalia García, se casará en breve con el joven y aprovechado pasante del papá.

Y Basilisa se vuelve entonces un basilisco de envidia.

Y doña Pancracia siente que la noticia es un charron tras de la fiesta, y rabia.

Y don Lucas busca los botones del frac, y no da con ellos.

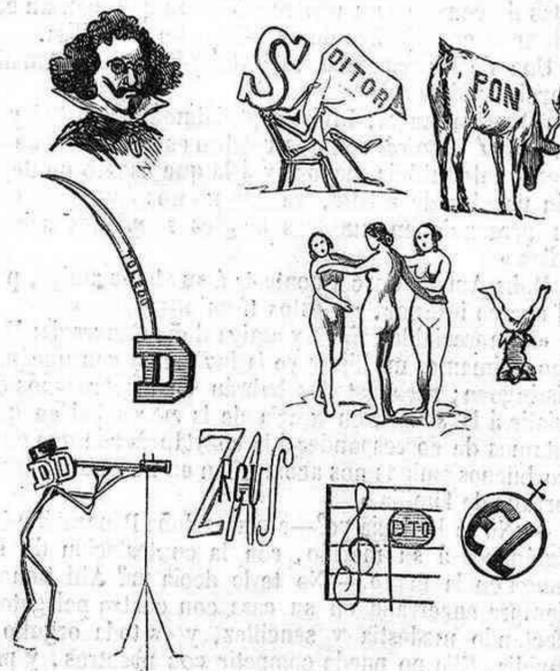
Y repasa la cuenta de lo gastado en la soirée, y empieza á notar que las soirées no le tienen cuenta.

Moraleja.

Sin un caudal regular,
¿qué puede un padre sacar
de estas fiestas y derroches?...
Mucho empeño, malas noches,
y las hijas sin casar.

EDUARDO BUSTILLO.

GEROGLIFICO.



La solucion de éste en el número próximo.

ADVERTENCIA.

El Museo, siguiendo la práctica acertadamente establecida por publicaciones de su índole, no se obliga á devolver los manuscritos que se le remitan; y ruega á los señores que se dignen favorecerle con ellos, no estrañen si no se contesta, como se desearia, á las cartas que los acompañan, á no ser de absoluta necesidad. Respecto de la insercion, cúmplenos también decir que unas veces el número escasea de originales, sobre todo en verso, y otras veces circunstancias particulares que no todos se hallan en disposicion de apreciar, pueden hacer que no se les dé cabida en El Museo, sin que esto signifique en manera alguna que siempre sea por falta de mérito.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAS.
IMPRENTA DE GASPAS Y ROIG, EDITORES: MAURU, PRINCIPE. 4.